

maba el Gobernador, con las lágrimas en los ojos declaró al hermano de Pérez que nada podía hacer ni aun para demorar por unos cuantos días más la ejecución de las sentencias dictadas.

Así, pues, la ejecución de Don Cayetano Pérez y de sus compañeros Molina, Murillo, Flores, Arizmendi y Silva, se llevó a cabo en la tarde del día 29 de Julio de 1812, mismo día en que el convoy que conducía Llano, y en el que la madre de la víctima tenía tanta esperanza, entraba á Santa Fe, lugar situado á muy poca distancia del puerto. Por decreto del Congreso del Estado de Veracruz, dictado el 6 de Enero de 1827, se colocó en el salón de Cabildos del Ayuntamiento de la ciudad, una inscripción recordando el suceso y haciendo plena justicia al joven Don Cayetano Pérez, por su patriotismo y entereza.



DON PEDRO MORENO

La causa de la Independencia tenía que triunfar por ser una causa justa. Sólo así se explica que tuviese tantos simpatizadores y que apenas caído un caudillo se levantara otro y otro y ciento, sin importarles la suerte que sabían que les esperaba, ni las consecuencias que para sus familias y más caros afectos ocasionaría su resolución. Si al principio de la guerra ó sea en los tres primeros años de ella las probabilidades del triunfo de los insurgentes fueron numerosas, por los grandes ejércitos que se conseguían levantar con facilidad, y por la presencia de valientes y prestigados caudillos que sabían llevar sus huestes á la victoria, en los años siguientes esas probabilidades se hicieron más remotas, y sin embargo, no llegaron á faltar hombres de todas las clases y condiciones sociales

que llenos de fe fueron á ocupar el lugar de los que habían caído en la contienda.

Entre éstos debe ocupar un lugar distinguido el guerrillero Don Pedro Moreno. Nacido por el año de 1775 en la hacienda de la Daga, muy cercana á la ciudad de Lagos; sus padres, Don Manuel Moreno y Doña Rosalía González, eran personas acomodadas, propietarias de varias fincas rurales, entre las que se contaban esa misma hacienda de la Daga, donde vivió casi siempre Don Pedro y donde contrajo matrimonio en 1779. Moreno se dedicó á las labores del campo y cuando estalló la revolución de Dolores no cambió su vida tranquila, a pesar de que no ocultó sus simpatías por la causa de la Independencia, que se había proclamado; motivos poderosos y que aun no se conocen deben haber influido en su ánimo para no lanzarse inmediatamente á la lucha, como lo hizo algunos años después. Las peripecias de la guerra y el hogar que iba recibiendo las bendiciones del cielo en la forma de herederos de aquel terrateniente, lo determinaron á establecer su domicilio en la Villa de Lagos, donde vivía desde hacía varios años, hasta 1814, y de la que en una época fué Regidor.

A principios de ese año se retiró á su hacienda de la Saucedá, donde seguido de algunos de sus amigos y de sus sirvientes, á quienes había armado, se declaró resuelta-

mente por la causa nacional; inmediatamente empezó á ser perseguido por el Comandante Don Hermenegildo Revuelta, con suerte varia. En un país como aquel, tan poco accidentado si se le compara con Michoacán, era difícil que se sostuviese la insurrección si no recurría al arbitrio de buscar un sitio á propósito para atrincherarse; comprendiéndolo así Moreno exploró la sierra de Comanja, y encontrando á propósito el cerro del Sombrero para su proyecto, lo fortificó: levántase ese monte unos trescientos cincuenta metros sobre la llanura, y en su cima tiene una pequeña explanada de unos quinientos pasos de N. á S.; por el Norte se enlaza con una serie de pequeñas colinas por medio de un estrecho paso entre precipicios y por el cual corre un sendero que fácilmente se puede hacer infranqueable; por los otros vientos los rodean grandes barrancos ó un declive muy rápido y una bajada áspera y difícil; tiene, sin embargo, el defecto de estar dominado por el Norte por una eminencia muy cercana.

En esa fortaleza, después de hechas las obras de fortificación necesarias para cerrar los puntos de entrada y enfilas los senderos que llevan á ella, se estableció Moreno y consiguió en diferentes ocasiones rechazar los ataques de Brilanti y de otros jefes realistas. Una de las acciones más notables fué la dada contra Monsalve en Ma-

yo de 1816, cuando lograron reunirse numerosas partidas de insurgentes en todo el Bajío: creyendo Monsalve fácil empresa apoderarse de Comanja después del éxito que había tenido en San Pedro, atacó la fortaleza, pero fué rechazado de ella sufriendo considerables pérdidas. La presencia del padre Torres en el cercano cerro de los Remedios, que á su turno había fortificado, sirvió mucho para hacer más sólida la posición de Moreno en el del Sombrero, no obstante que cada día, materialmente iba viéndose más abatida la revolución.

El año de 1817, cuando Tehuacán, Cópuro, Monteblanco, Boquilla de Piedra y otros puntos, habían caído en poder de los realistas y la revolución había acabado del todo en Oriente, aún quedaban en pie los Remedios y el Sombrero, que dieron asilo y elementos á Mina para seguir su admirable epopeya, y del segundo salían partidas que expedicionaban hasta Zacatecas. En los últimos días de Junio de ese año tuvo noticia Mina, por la partida de Nava, del fuerte del Sombrero y de su Comandante y sin dilación envió á un oficial á saludar á Don Pedro Moreno; la respuesta fué una invitación para que Don Francisco Javier Mina llegase al fuerte, como lo verificó el día 24, siendo perfectamente recibido, pues hasta allí había llegado la noticia de sus

hazañas. Desde ese momento se unieron los dos cabecillas y Moreno con una abnegación y un desinterés verdaderamente loables, puso todos sus elementos á disposición de Mina, que el 28 del mismo mes salió á combatir á Ordóñez y demostró, con la completa victoria que obtuvo, que los mexicanos lo único que necesitaban eran buenos jefes que los llevasen al combate, pues su valor suplía á todo lo demás, aun á la falta de armas; en las guerras posteriores ha quedado evidenciado esto de una manera patente: en ocho minutos se decidió la acción, pereciendo los dos jefes españoles, Ordóñez y Castañón; 339 realistas quedaron en el campo y se hicieron 220 prisioneros y apenas pudieron escapar 150 jinetes; 500 fusiles, dos cañones, muchas municiones y uniformes, fueron el trofeo de la victoria. En esa acción fué en la que los artilleros realistas no teniendo á mano balas de cañón cargaron los suyos con pesos duros.

La victoria se celebró con salvas y regocijos, los prisioneros quedaron libres y Moreno, unido desde entonces á Mina, lo acompañó á otras expediciones, como á la de la hacienda del Jaral, en la que los insurgentes se hicieron de \$140,000. Un mes poco más ó menos pasó de estos sucesos hasta la llegada de la división de Liñán, tiempo que se empleó en reforzar las defensas

del fuerte. El 31 de Julio empezó el sitio formal el jefe español con una división de más de tres mil quinientos hombres, que desde luego rompieron el fuego de cañón y que intentaron el asalto el 4 de Agosto, siendo rechazado; Mina salió la noche del 8 con intención de introducir víveres, pero no pudo conseguir su objeto y los sufrimientos que pasaron los sitiados, sobre todo por la falta de agua, fueron grandes; los oficiales extranjeros trataron de capitular, pero como se les dijese que sólo se admitía que se rindieran á discreción, determinaron salir del Sombrero: Moreno fué puesto al tanto de la situación y sus oficiales contestaron que aún podían defenderse y que ellos se sostendrían sin necesidad de los norteamericanos; estas palabras ofendieron sobremanera al Mayor Young, quien protestó que defendería el fuerte hasta el último extremo y moriría antes que rendirse.

Pero la defensa era ya imposible, y aunque los sitiados rechazaron el día 15 un ataque en el que pelearon hasta las mujeres insurgentes y causaron serias pérdidas al enemigo, no se podía ya materialmente continuar allí, pues no había víveres y los cadáveres insepultos hacían irrespirable el aire. Resuelta la salida fueron clavados los cañones, destruidas las armas que no se podían llevar y enterrado el dinero que quedaba. A las once de la noche del 19 de

Agosto fué la salida, que, descubierta por los realistas, dió lugar á una escena de sangre y horror que la pluma se niega á describir; los que no murieron en la salida y cayeron prisioneros fueron fusilados en número de doscientos, al día siguiente. Moreno, Ortiz y muchos jefes consiguieron escapar desde antes, pero las esposas de Don Pedro y de otros cayeron prisioneras, las fortificaciones del Sombrero fueron arrasadas y se empezó el sitio de los Remedios.

Moreno se separó de Mina para reunir alguna gente de caballería, como lo hizo, y á mediados de Septiembre se volvió á unir con él; tomó parte en la desgraciada acción de la Caja, pero no en el asalto de Guanajuato. Retirado Mina al rancho del Venadito, llegó Moreno con unos cuantos caballos, y ambos jefes creyeron que podían descansar con tranquilidad cuando al amanecer del 24 de Octubre fueron sorprendidos por Orantia; Moreno, que era de estatura colosal y de gran fuerza, por lo que le decían "El Toro," murió heroicamente defendiéndose de un crecido número de contrarios. Mina quedó prisionero ese día y á poco fué fusilado.

Don Pedro Moreno fué declarado benemérito de la patria en grado heroico por el Congreso de 1823, y su cuerpo descansa en el altar de Señor San José en la Catedral de México, al lado de los de los primeros caudillos de la Independencia.



DOÑA RITA PEREZ DE MORENO

La esposa del insurgente Don Pedro Moreno, tan poco conocida hasta hoy, ocupa, sin embargo, un lugar distinguido en la historia de la guerra de emancipación de México.

Nació el 23 de Mayo de 1779, y en la pila bautismal recibió los nombres de María Rita de la Trinidad; fué hija legítima de Don José María Pérez Franco y de Doña Rafaela Jiménez; vió la primera luz en la Cañada del Cura, punto cercano á la Villa de Lagos y que hoy lleva el nombre de Cañada de los Pérez; sus padres eran personas acomodadas y muy estimadas en la sociedad laguense. No cumplía aún veinte años cuando contrajo matrimonio con Don Pedro Moreno y González, el 10. de Mayo de 1799 en la misma hacienda de la Cañada; los nuevos esposos establecieron su

hogar en Lagos y vieron correr tranquilos y felices los primeros años de su matrimonio.

Cuando en 1814 Don Pedro resolvió lanzarse á la revolución, escribió á Doña Rita desde la hacienda de la Saucedá, haciéndole presente su resolución y para decirle que "ella era libre en conciencia para seguirlo ó para quedarse con sus hijos en Lagos ó en San Juan de los Lagos al lado de su madre;" la señora, que conocía el ánimo resuelto de su marido, no perdió el tiempo en quererlo disuadir de la resolución que había tomado, y en cuarto á ella, declaró sin vacilar que con sus cuatro hijos correría la misma suerte que su marido, y para demostrar que á la resolución seguían las obras, fuese á la hacienda de la Saucedá, donde se encontraba Don Pedro, y se halló en el pronunciamiento de éste.

La campaña de Moreno duró tres años seis meses y tuvo por teatro las escabrosas sierras de Guanajuato y de Comanja, especialmente esta última, donde el patriota insurgente estableció una fortaleza en el cerro del Sombrero, que tanta celebridad tiene desde entonces en las páginas de nuestra historia. Doña Rita acompañó en todo ese tiempo á su esposo, sujeta á todas las vicisitudes de la guerra, y aunque nunca se le vió que empuñara las armas, ocupando, como su esposo, los lugares más peli-

grosos del combate, estuvo siempre rodeada de inminentes peligros, luchando sin cesar en favor de la Independencia, con la inteligencia y el corazón, ora dando voces de aliento á los combatientes, ora curando las heridas de los soldados, ora proporcionando toda clase de auxilios á los moribundos, y en todo caso comunicando á todos los que la rodeaban la constancia, la paciencia, la abnegación y el valor de que ella misma era un ejemplo vivo en las grandes contrariedades que se le presentaban.

Viendo Don Pedro y Doña Rita que su hija Guadalupe no podía estar sujeta á tantos sufrimientos, por motivo de su pequeña edad, (contaba poco más de dos años), resolvieron ponerla bajo la custodia del padre Don Ignacio Bravo, que vivía en la hacienda de "Cañada Grande." Algún tiempo después el expresado sacerdote fué reducido á prisión y la niña estuvo á punto de ser decapitada por un sanguinario realista; pero un compañero de éste, Don José Brilanti, Comandante de una guarnición de "Los Panzas," se apiadó de ella y la retuvo en calidad de prisionera por espacio de mucho tiempo, sin que pudiera recuperarla Doña Rita, sino después de muchos años.

En cierta ocasión en que Moreno tenía en su poder varios prisioneros realistas, el Comandante Revuelta le propuso que fueran canjeados por la niña Guadalupe. Mo-

reno no aceptó la proposición, á la cual no opuso ninguna súplica la señora Doña Rita, cuyas maternales entrañas naturalmente tenían que manifestarse interesadas en que se efectuara el canje; así como tampoco manifestó empeño alguno en que su esposo aceptara el indulto que para él, la familia y todos los suyos le mandó ofrecer expresamente el Brigadier Don José de la Cruz, por medio del padre Vega, cuando este señor penetró con ese exclusivo objeto á la fortaleza del Sombrero.

Los cuantiosos bienes de fortuna que poseía el héroe laguense, consistentes en las haciendas de "La Saucedá" y "Matanzas," el rancho de "Coyotes" una casa en Lagos y mucho semoviente, fueron decomisados por el gobierno virreinal, lo que indudablemente fué una herida para el corazón de Doña Rita Pérez que con aquél acto se veía reducida á la miseria, lo mismo que sus hijos, los cuales se veían privados de la herencia que justamente les correspondía.

Otro golpe, y mucho más terrible que los anteriores, fué para la señora Pérez de Moreno la trágica muerte de su hijo Luis, joven de 15 años, que murió combatiendo en la acción "La Mesa de los Caballos," con un valor semejante al de su padre." Toda el destino tenía reservados grandes reveses y atroces sufrimientos para la célebre matrona que, por haber aceptado causa tan

arriesgada como noble, tendría que apurar hasta las heces la copa del dolor por la independencia de la Patria. A fines de Julio de 1817 el brigadier Don Pascual Liñán puso sitio al fuerte de "El Sombrero" con un ejército numeroso, bien disciplinado, muy bien armado y provisto de lo necesario para el feliz término de la campaña. Los 1700 insurgentes encerrados en aquel estrecho recinto se batieron heroicamente y rechazaron al enemigo en los varios asaltos en que éste estuvo á punto de franquear las murallas: pero diezmados por las balas, heridos un gran número de ellos, respirando una atmósfera corrompida y envenenada por las emanaciones de más de 400 cadáveres insepultos; desfallecidos por el hambre, la sed, el cansancio y el insomnio; agotada toda esperanza de triunfo, con la seguridad de que no recibirían ningún auxilio de los demás insurgentes, pues varios habían sido los esfuerzos de Mina y del Padre Torres para introducir víveres al fuerte; cuando "los niños, las mujeres y los hombres débiles, como dice Orozco y Berra, habían perdido la fuerza y el sentido;" cuando "unos lloraban y los otros sin vigor para mantener las armas, corrían á todas partes, como insensatos;" cuando la defensa del fuerte no podía absolutamente prolongarse, resolvieron romper el sitio, fijando para llevar á cabo esa peligrosísima resolución, la noche compren-

dida entre el 19 y el 20 de Agosto. ¡Y en medio de ese campo de horror y de exterminio, de lágrimas y de sangre, que la guerra y el infortunio envolvieron con el fúnebre manto de la muerte por espacio de 20 días; aparecía siempre llena de una paciencia, de una abnegación y de un valor nada comunes en su sexo, la célebre matrona Doña Rita, que, á pesar de encontrarse en estado interesante, se olvidaba de sí misma y de sus hijos, para curar á los heridos, para auxiliar á los moribundos, para enjugar las lágrimas de tantos miserables!

La salida se efectuó como á la media noche, con tan mal éxito, que el ejército realista se dió cuenta del movimiento con la oportunidad necesaria para herir á muchos de los insurgentes, matar un buen número de ellos, y hacer prisioneros á la mayor parte, pudiendo atravesar las filas enemigas y quedar ilesos unos cuantos, entre los que no se contaba Moreno. Doña Rita y sus hijos, ante la imposibilidad de atravesar aquel anillo de hierro que los rodaba, retrocedieron al fuerte. "Al tiempo de la ocupación del Sombrero, dice Rivera, Doña Rita tenía otros dos niños, que habían nacido durante la campaña: Severiano, de dos años seis meses, y Pudenciano, que tenía un año y un mes. La señora estaba en estado interesante. En la mañana del 20 de Agosto, cuando el ejército de Liñán comenzó á subir á la

cumbre del Sombrero precedido por las trompetas, la matrona sentada en su casa, con sus cuatro hijos, dos criados y dos criadas, esperaba con ánimo varonil el destino de la Providencia. Un oficial se presentó á Doña Rita y le dijo que de orden de Liñán le siguiera con todos los que con ella estaban, y condujo á todos á un "jacal," que estaba en la Mesa de las Tablas, en donde estuvieron tres días, vigilados por un centinela. En la tarde del 22, de orden de Liñán un Oficial Castillo condujo á Doña Rita y á todos los mencionados, para León. Todos iban á pie, á excepción de los soldados, que iban á caballo, la niña Luisa en los brazos de una criada, y Severiano y Pudenciana en los brazos de los soldados." Al llegar á la ciudad fueron conducidos á la cárcel pública, donde Doña Rita, sus cuatro hijos y sus dos criadas ocuparon una sala de escasa luz y de muy mala ventilación, que servía de capilla para los sentenciados á muerte.

"A consecuencia de los muchos padecimientos físicos y morales, agrega el citado escritor, al día siguiente de haber llegado á Silao murió la niña Pudenciana. A los dos días abortó Doña Rita. Al día siguiente recibió esta señora la orden de ser conducida á México para ser juzgada. Ella y Pasos contestaron que no se podía, por el estado de enfermedad y postración en que se hallaba. Creyóse que era ficción: vinieron dos

médicos del ejército, la examinaron y dieron una certificación en forma de la realidad del hecho. A los dos días murió Severiano, que era la esperanza y el dulce alivio del pobre corazón de su madre, dejándola sumida en el dolor."

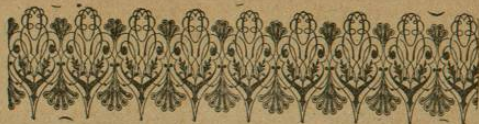
Cuando Doña Rita estaba en la prisión, fué cuando Don Pedro comprendió que necesitaba consolarla, y le escribió una carta, de donde tomamos éstas palabras, que la Historia ha recogido: "Un fondo de sufrimiento y de conformidad vale un mayorazgo, y es la única felicidad de que se puede disfrutar en la turbulenta época que nos ha tocado; ármate de tan fuerte escudo, y todo será para tí llevadero." En fin, fué tan crítica y tan aflictiva la situación de Doña Rita en la prisión, que al tener conocimiento Don Pedro de los grandes sufrimientos que laceraban el corazón de su esforzada esposa, se afigió sobremanera; y así se explica que aquél famoso guerrero que guardaba tanta serenidad en el combate, manifestando en todas partes un valor temerario, no haya podido contener las lágrimas, al saber la suerte que corría su infortunada esposa.

Pasaron algunas semanas, y entonces, para colmo de su dolor, tuvo la funesta noticia de que su esposo había muerto á manos de los realistas, los cuales habían mandado colocar la cabeza del célebre insurgente á

orillas de Lagos, en la parte superior de una asta de madera.

La señora Pérez viuda de Moreno estuvo presa hasta Junio de 1819, tiempo en que fué á establecerse á la población de San Juan de los Lagos. Habitó la casa que heredó de sus padres (calle actual de México, núm. 21) hasta su muerte, la cual acaeció el 27 de Agosto de 1861.

Los vecinos de Lagos tratan, de que con motivo del Centenario, sea declarada Doña Rita, Benemérita del Estado de Jalisco, que se coloque una lápida en la calle donde vivió y que los restos de aquélla se depositen en un mausoleo; muy justas nos parecen éstas pretensiones encaminadas á honrar la memoria de la Excelentísima Generala Moreno como se la llamaba en aquella población.



EL PADRE D. JOSE ANTONIO TORRES.

Dilatada y azarosa fué la carrera de éste célebre insurgente que ha pasado á la leyenda y cuyas hazañas aún son repetidas en Michoacán y Guanajuato, adulteradas por la imaginación popular.

Nació en el pueblo de Cocupao, cercano á Valladolid por el año de 1770, de personas de pocos bienes, aunque con los suficientes para proporcionar á su hijo los elementos necesarios para dedicarse á la carrera de sacerdote, que fué elegida por aquéllos, sin tener probablemente en cuenta, la vocación del joven Torres. Hizo sus estudios con escaso aprovechamiento, pues según afirma Alamán, apenas entendía el oficio divino; destinado á administrar la Vicaría fija de Cuitzeo del Porvenir cuando dió principio la revolución, inmediatamente tomó parte en ella unido á Albino García, al que conside-

raba como su superior por el grado que tenía y por el mayor número de gente que mandaba.

Reunió una partida regular de gente, lo que era muy fácil en aquellos días, y con ella se lanzó al campo, expedicionando desde entonces por la provincia de Michoacán y algunas veces por la de Guanajuato, en el rumbo de Pénjamo y Valle de Santiago. Ya se cita su nombre en el asalto que sufrió Valladolid el 2 de Junio de 1811, sin embargo, mientras vivió Albino ninguna expedición hizo por su cuenta y después de la muerte de éste guerrillero permaneció durante largo tiempo en la inacción y apenas se menciona su nombre no siendo dignos de narrarse sus hechos sino hasta 1814 en que por causa de la muerte de otros insurgentes más famosos, empezó á figurar en primera línea. Cuando en ese año se supo que Fernando VII había vuelto á España, los comandantes realistas escribieron á los insurgentes, haciéndoles saber la noticia é insistiéndolos á que depusiesen las armas, ya que su actitud no tenía razón de ser, supuesto que ellos también proclamaban á Fernando: el Doctor Cos que había ido á dar con el Mariscal Torres, contestó en nombre de éste á Negrete, que el regreso de ese monarca era funesto para todos los países de la monarquía, pues aquél no era en realidad, un agente del Emperador de los franceses.

En ese año de 1814, sufrió Torres en la provincia de Guanajuato varias derrotas que le ocasionó Iturbide, que era el Comandante realista de ella y únicamente cuando éste jefe concurrió al sitio de Cópamo, fué cuando el insurgente obtuvo algunos éxitos; unido al Giro, Lucas Flores, Saucedo y otros atacó el 4 de Febrero de 1815 á Acámbaro de donde se le rechazó; siguió, no obstante, expedicionando ya solo, ya unido con otros, y ayudó á la sorpresa que sufrió Guanajuato (25 de Agosto). Cuando Terán disolvió en Tehuacán el Congreso, y Anaya, la Junta de Tarétan, los Jefes de Michoacán resolvieron formar otra que primero se llamó de Uruá-pam y después de Jaujilla, por haberse establecido en el fuerte de éste nombre, el Padre Torres fué uno de los vocales, si bien no tenía la obligación de permanecer con los demás vocales integrándola, su fuerza entonces constaba de ochocientos hombres que á fuerza de derrotas habían aprendido algo del arte de la guerra. El ejemplo de Rayón en Cópamo fué el que indujo á aquel caudillo á establecer el fuerte de los Remedios, en el cerro de San Gregorio, inmediato á Pénjamo y á regular en el valle de este nombre el cobro de las contribuciones de que subsistían él y su ejército.

Ese fuerte le fué de mucha utilidad, pues á él se retiraba siempre que era derrotado por Castañón ó por Orrantía; cuando Mina

llegó al Sombrero quiso ponerse en relaciones con la Junta de Jaujilla y al efecto, y por invitación especial, se dirigió á los Remedios donde conferenció con el Padre Torres, el Doctor San Martín y el Lic. Cumplido, miembros los tres de aquélla; se trató de la defensa que se resolvió se redujese á los fuertes y del mando superior que se le dió á Mina, "manifestando Torres que lo cedía por consideración, pues á él debía corresponderle por tener el empleo de Teniente general que le había dado la Junta." Entre un Teniente general que no sabía nada de milicia y un simple Oficial, tan competente, no podía haber vacilación, y así debió comprenderlo Torres cuando se mostró tan generoso; sin embargo, no fué muy leal para con Mina. El padre Torres recibió del tesoro tomado en el Jaral, ocho mil pesos para comprar provisiones y quedó encargado del fuerte de los Remedios el Coronel Novoa llegado con el navarro. Estrechado el sitio del Sombrero por Liñán, Torres no pudo proveer á la fortaleza de víveres y lo único que consiguió fué ser derrotado por Ráfols en las llanuras de Silao el 12 de Agosto.

Obligados los sitiados á salirse del Sombrero, se dirigieron á los Remedios, donde Torres activaba la construcción de fortificaciones, pues no dudaba que á su vez iba á verse sitiado, como sucedió en efecto; reu-

nió también todas las partidas independientes que había en la comarca y acordó con Mina en que éste saliese á expedicionar, para lo cual le dió parte de su ejército. El 27 de Agosto empezó el sitio del Cerro de San Gregorio que se levanta en medio de la llanura y que fué regularmente fortificado, teniendo además, agua suficiente; su guarnición se componía de 1,500 hombres de los que 300 tenían instrucción, y aunque el mando superior lo tenía el Padre Torres, en realidad mandaba Novoa. El 31 de ese mes empezó Liñán á construir sus trincheras, ocupó luego el Cerro del Bellaco y rompió el fuego el 13 de Septiembre. Surgieron entonces graves desavenencias entre Torres y Mina, pues mientras el primero quería á todo trance ser socorrido, Mina era de opinión de que el único medio de hacer levantar el sitio era llamar la atención de los sitiadores hacia otro punto que les conviniese conservar como Guanajuato; de aquí resultó que Torres diese orden á los insurgentes de que sólo auxiliasen á Mina en el caso de que se dirigiese á atacar á Liñán, el que por cierto estaba escaso de víveres y tan lleno de dificultades, que para salir de ellas se resolvió dar un asalto general en el que fué rechazado, sufriendo grandes pérdidas los realistas. A su turno dirigidos por los Oficiales extranjeros, hicieron una atrevida salida en la que clavaron dos cañones, des-

truyeron una batería y se llevaron un cañón sin sufrir daño alguno. La Junta de Jaujilla fué del mismo parecer que Torres, por lo que Mina tuvo que prometer que auxiliaría á los Remedios; mas ya no lo pudo hacer por las peripecias que le ocurrieron en el camino y que dieron por resultado su captura y fusilamiento á los pocos días.

El 11 de Noviembre, Torres y los sitiados de los Remedios contemplaron desde sus fortificaciones la muerte del héroe navarro y comprendieron que ya no debían esperar muchos auxilios de afuera: el 16 sufrieron un nuevo y fuerte ataque que supieron rechazar denodadamente, dejando en el campo á 393 sitiadores entre muertos y heridos y haciendo que Liñán dijese al Virrey que levantaría el sitio si no se le mandaban refuerzos y artillería. Cruz Arroyo consiguió entrar al fuerte y el 28 de Diciembre se hizo una salida para introducir un convoy de municiones, pero frustrado el ataque, se resolvió la salida para el 1o. de Enero de 1818 por el lado de Panzacola. La carnicería que hicieron los realistas en hombres, mujeres y niños, fué horrible; perecieron Cruz Arroyo, muchos extranjeros y otros fueron fusilados, escapando solamente el Padre Torres y unos cuantos, las mujeres que se libraron de la muerte fueron rapadas á navaja, algunos presos fueron enviados á Mexcala y la revolución sufrió un golpe tan tremendo en Guana-

juato, que puede decirse que casi acabó en el fuerte de los Remedios, pues los últimos caudillos insurgentes se sometieron ó fueron muertos, y únicamente quedó en las montañas del Sur D. Vicente Guerrero con un corto ejército que nunca pudo ser vencido y que resistió por dos años más á todo el poder español, acabando por unirse á Iturbide para hacer la independencia, según veremos.

El Padre Torres, sin embargo, todavía continuó expedicionando por algún tiempo y aún se presentó el 3 de Febrero de ese año de 1818 delante de Jaujilla, fuerte estrechamente sitiado á la sazón por Barradas y Aguirre; Lara lo derrotó, no obstante la resistencia que opuso Erdozain, uno de los Oficiales que trajo Mina; regresó Torres á Guanajuato y en Surumuato, á poca distancia de Pénjamo donde había establecido el centro de sus operaciones, fué derrotado nuevamente. Entonces, para privar de recursos á los realistas, adoptó un sistema de desolación, que á haber sido general habría convertido al país en un árido desierto: en Michoacán mandó quemar el pueblo de Uruapan con su iglesia sin sacar ni aun los ornamentos y vasos sagrados, y en Guanajuato hizo lo mismo con los pueblos de San Francisco, Penjamillo, Valle de Santiago y aún el mismo Pénjamo que era el lugar de su residencia. Descontento de su segundo, Lúcar Flores, porque no introdujo víveres

al fuerte de los Remedios ó porque quería indultarse, lo hizo llamar, jugó con él á las cartas, lo invitó á comer y en seguida lo hizo fusilar. También sin causa legal conocida ordenó que fuese fusilado Don Remigio Yarza, Secretario que había sido del Congreso de Chilpancingo y uno de los firmantes de la Constitución de Apatzingán.

Todos estos desmanes hicieron que los insurgentes que obedecían á Torres, se reuniesen en Puruándiro en Abril del mismo año 1818 y acordasen negarse á obedecerlo; el Giro fué el principal promovedor de éste episodio, que dió por resultado que el mando de la provincia de Guanajuato, recayese en Don Juan Arago, llegado con Mina, hermano del conocido astrónomo francés. La Junta de Huetamo aprobó el nombramiento, pero Torres no quiso someterse y se retiró al Rincón de los Martínez con los Ortiz (Pachones). Entre éstos y el Padre Torres reunían aún 1,400 hombres con los que atacaron á Don Anastasio Bustamante el 18 de Abril en el rancho de los Frijoles, perteneciente á la Hacienda de Guanímaro, la caballería insurgente segura del triunfo dio una carga á la infantería realista, pero recibida por un fuego nutrido se dispersó y la infantería mandada por Ramírez y por Wolf que hizo resistencia, pereció en su mayor parte; perdieron los insurgentes 300 hombres, algunos jefes y se dispersaron de tal

modo, que aquélla fué la última batalla que se dió en el Bajío. El Padre Torres huyó al ver derrotada su caballería.

Sin embargo, los Pachones y Borja lo seguían aún y todos ellos proclamaban que la Junta de Huetamo era ilegítima; como aún ésta dejase de existir en Julio, Arago se encontró sin autoridad que lo sostuviese y convino con Torres en tener una conferencia a orillas del Río Grande, teniendo por línea divisoria el mismo río; Torres trató de darle largas al asunto, pues Arago exigió que se le respondiese en un plazo perentorio; pasado él el Giro atravesó el río y derrotó á Torres que se salvó gracias á la ligereza de su caballo. La vida del Mariscal sacerdote, dice un autor, fué desde entonces una continua zozobra: temiendo tanto á los realistas como á los insurgentes, pasaba el día en algún rancho ó hacienda, teniendo siempre los caballos ensillados para huir al primer aviso que le diesen los vigías que apostaba en todos los rumbos: al obscurecer se retiraba á los montes, no pasando nunca dos noches consecutivas en el mismo paraje y mudando muchas veces de lugar en la misma noche, sin quedar en compañía de su gente, pues se internaba solo al sitio en que podía tenerse por seguro."

Aunque casi sin soldados, ni prestigio y desobedecido por todos, pues Arago quedó en su lugar y no tardó en indultarse, Torres

era objeto de viva persecución de parte de los realistas á causa de ser el único jefe insurgente que quedaba en la provincia, pues Licéaga y el Giro hacia pocos días que habían muerto. Marqués Donallo recibió el encargo de perseguirlo vivamente y no le dió un momento de reposo, obligándolo a internarse en la sierra de Guanajuato. A fines de ese año se encontraba Torres con su hermano Don Miguel en la hacienda de Tullitlón del Distrito de Silao jugando albures con el Capitán Don Juan Manuel Zamora que tenía un buen caballo del que quería hacerse Torres: ganó á Zamora 1,000 pesos y otros 250 por los que dejó en prenda su caballo, pero queriendo recobrarlo volvió al día siguiente con el dinero, no obstante lo cual Torres se negó á devolver el animal. Irritado Zamora, que no estaba en sus cabales facultades, profirió algunas amenazas en las que no quiso hacer alto el guerrillero; habiéndose puesto en camino todos juntos Zamora, insistió en la devolución y resistiéndola el padre, cuando ya estaban en terrenos de la hacienda de la Tlachiquera, el Capitán pasó á las vías de hecho haciendo uso de su lanza y atravesando con ella á Torres. Don Miguel Ortiz y los demás acompañantes de éste se echaron sobre Zamora para desarmarlo y le dieron muerte. Pocos minutos después, espiraba el célebre Mariscal y Teniente General Presbítero Don Antonio

Torres, en el rancho de las Cabras, lugar donde fué sepultado su cadáver.

Su muerte en nada influyó ya en la pacificación de la provincia, pues ya estaba enteramente desprestigiado y sin partido. Fue valiente, temerario y en un tiempo ejercicio decidida influencia en la comarca: "Si se hubiera unido de buena fe con Mina, hubiera podido causar graves cuidados al gobierno," pero nunca llegó á ser leal con este caudillo y esa conducta fué la causa de la perdición de ambos. El tiempo ha hecho olvidar sus desmanes y atrocidades para no acordarse más que de su defensa del fuerte de los Remedios y si antes su nombre era repetido con horror, como dice Alamán, hoy ya no es así.